Lo que escribiría si escribiera

-Taller de exploración literaria-

7 de febrero a 28 de marzo de 2023

Impartido por: Carolina López Moller

Instrucciones para inspirarse en el lugar de trabajo

1.- Salga a la terraza. A la inspiración le cuesta trabajo entrar a los edificios. Es mejor esperarla en un espacio abierto.

2.- Recorra los espacio que rodean los edificios. La inspiración suele ser tímida. A veces se esconde en el rincón que está en la esquina sombreada del LANCIS. A veces en las mesitas que están fuera del edificio principal, en la primera mesa del lado del estacionamiento. También depende del tipo de inspiración que uno esté buscando.

3.- Una vez que eligió el lugar en el que va a esperar a la inspiración, será momento de elegir que va a utilizar para conversar con ella. Generalmente uno necesita algo para leer o escribir. Aunque no son las únicas opciones.

4.- Observe cómo llega la inspiración. Ella es muy mañosa con algunas personas. A veces se necesitan varios intentos para llamarla y aún cuando llega no siempre está dispuesta a quedarse. Pero vale la pena tomarse el tiempo para conocerla. A unos nos lleva más tiempo lograrlo que a otros. No desespere.

5.- Intente hacerse su amigo. Le conviene más que hacerse su enemigo. Le advierto que no es fácil forjar una amistad con ella pero le conviene que sea parte de su red de soporte. Busquen gustos en común. Aquellas cosas que ambos disfrutan.

6.- Una vez que haya logrado los pasos anteriores sólo abra su mente y déjese fluir.

Instrucciones para mirar desde el cubo de vidrio de la biblioteca, de adentro hacia afuera

-Procura quedarte sola en la biblioteca. Parece que no es tan difícil porque rara vez está ocupada, al menos eso es lo que dice la gente que pasa mucho tiempo en el Instituto.
-Pretende que nadie te puede ver a ti, aunque el vidrio sea transparente en ambas direcciones. Esto tampoco es tan difícil, porque afuera es un pasillo: es un lugar de paso, y cuando la gente está de paso, observa poco hacia sus lados.
-Centra primero tu atención en las personas, esos pedazos de espacio con los que es más fácil empatizar; ¿por qué caminan con cuadernos en las manos? ¿hacia dónde se dirigen con tanta determinación? ¿por qué decidieron sentarse justo ahí?
-Abre de tanto en tanto tu celular, ese otro vidrio transparente, donde sí puedes ver lo que escriben las personas. Aunque sólo aquello que está dirigido a ti.
-Cambia entonces el centro de tu atención: es injusto que lo que se mueve y que se parece más a ti sea lo que toma tu mente. Están también los edificios grises petrificados, los cactus esféricos reunidos mientras dos mujeres los observan (tres, incluyéndote)
-Distraéte de nuevo
-Regresa a los cactus, nota que siguen ahí aunque las mujeres que los miraban con interés ya no.
- Están, también, los árboles que se tuercen, las personas que conoces pero que no saludas, los postes que pretenden ser árboles, la barda a lo lejos.
- Piensa ahora en todo lo que no ves en ese momento. No ves de dónde viene la gente ni a dónde se dirige. No ves la copa del árbol de enfrente, ni la cara de la mujer detrás del muro de piedra, ni el interior de los arbustos lo que hay del otro lado del muro grueso del fondo.
- No ves tu propio interior, ni tus pensamientos mientras suceden.
- Las raíces de los árboles, el contenido de las bolsas y de las mochilas, no ves el pasado con claridad y el futuro menos aún.
- No ves, tampoco, lo que estás viendo, porque regresas una y otra vez a la pantalla para seguir con las instrucciones, palabras que te alejan del lugar en el que estás.
- Cuando miras verdaderamente algo, digamos ese árbol, hay una larga pausa, un silencio dentro del cual está el árbol. Tu mente, tus ojos y el árbol vueltos uno solo. Es entonces cuando puedes ver también las copas, las raíces, la savia moviéndose dentro.

Carolina López

Instrucciones para encontrar un remanso

Los que estudian o trabajan en el IE tienen la suerte de contar con un lugar precioso al que regresar cada día. Siga estas instrucciones y descubra uno de sus más bellos y plácidos rincones:

1. Diríjase al estacionamiento de las bicis y continúe por ese camino.

2. Pase un tepozán a la derecha y un carrizal a la izquierda.

3. Siga de frente hacia la puerta café del fondo.

4. Al llegar a la bifurcación, tome el camino de la derecha, pase debajo de los tepozanes que se abrazan y deténgase junto al muro bajo.

5. Obsérvelo, es el espejo de agua del IE.

6. Aproveche los brillos de la luz en la superficie: juegue con los destellos hasta que capture la imagen completa del lugar.

7. Inclínese sobre la poza y aprecie el cielo moviéndose entre ramas sinuosas.

8. Aguce la vista más allá de su propio reflejo. Es la casa de Picota Tequila.

9. Súbase al muro y tiente el vado. Recoja sus pasos.

10. Tome un baño de sol. Explore el enigma del horizonte insondable del pedregal.

11. Confíe en el silencio, vuelva a lo suyo con ojos de primera vez.

Jimena Rey

La luz golpea el aire y aparecen deslumbrantes juegos
brillantes
ramificaciones eléctricas
doradas
chispeantes
rebotan en las copas de los árboles, en las nubes, en los pájaros
Todo resplandece y las cosas de este mundo pierden su color distintivo
Un dorado se abre paso entre el todo y la nada
No hay límites que separen mi yo de lo otro
Todo se funde en amarillo.

Jimena Rey

a partir de un texto de Gloria Gervitz

Instrucciones para regar el huerto del LANCIS

1. Ingresa al LANCIS, lo que probablemente represente un problema si no tienes registrada la huellita.
2. Sube a la terraza de la cocineta, que se ubica en el primer piso, dando vuelta a la izquierda hasta el fondo
3. Encuentra el huerto. Lo verás porque reboza de color verde, macetas negras y camas de madera. Uniforme y ordenado para poder ser, pero bello no sólo por eso, sino por el cuidado diario de todos los que le quieren.
4. Toma la regadera y rellénala con el agua del fregadero de la cocineta, llena de sales producto de la sequía que sufre la CDMX.
5. Colocar la boquilla de la regadera sobre el sustrato, alrededor de la planta, procurando no mojar directamente el tallo y las hojas de las plantas.
6. Mientras riegas, calcula cuánta agua necesita cada planta. No es mucha, ni poca. Debes imaginar al agua penetrando a través de la maceta conforme la viertes, escurriendo poco a poco, llegando a las raíces, siendo retenida y al mismo tiempo drenada. Es hidratar la planta, no ahogarla ni dejarla sedienta. También es importante que no drene demasiada agua, porque se desperdicia y puede arruinar el precioso impermeabilizante.
7. Debes repetir el proceso con cada maceta y cama de cultivo, al mismo tiempo que adecúas el procedimiento a cada planta, porque, al igual que las personas, no todas requieren la misma cantidad. El huerto obliga a observar, reconocer, aprender y reaprender.
8. Rellenar la regadera las veces que sea necesario.
9. Al finalizar, conocer la regadera en su lugar, así quienes cuidan el huerto pueden encontrarla con facilidad para el siguiente riego.

En respuesta a Instrucciones para regar un huerto

Imposible contener a un espacio vivo. Se escurre. Se desajusta continuamente a los estándares de estética aséptica. Ojalá se desborde. Imposible ignorar el verde brillante y los reflejos del agua, cuántas veces un respiro antes de entrar a una junta, cuántas veces un agarre improbable en un muro de escalar. Imposible dejar de pensar si tiene sed, se sofoca o si en este momento preciso aloja a otra persona con quien platicar.

Instrucciones para huir

Usar en caso de: Frustración, enfado, enfurecimiento, abrumación o impotencia en el laboratorio. No importa si los sentimientos fueron causados por su asesor, compañeros, rechazo de algún financiamiento, experimento fallido o cualquier otra situación.

1. Intente salir rápido de donde se encuentra, disimule un poco el enojo de lo contrario la gente se le quedara viendo extraño. Si planea dejar las instalaciones recoja sus pertenencias lo más rápido posible asegurándose de no dejar nada.
2. Baje las escaleras de manera rápida pero no corriendo. Se recomienda no cruzar miradas con nadie.
3. Salga al estacionamiento, ver las puertas hacia la libertad dan la sensación de haberse quitado un peso de encima y podrá respirar mejor.
4. Los siguientes pasos dependen de si tiene que regresar a trabajar al instituto (paso 5) o si puede retirarse (paso 8).
5. Acuda a mandar un mensajito a alguien con quien pueda desahogarse, si se encuentra en el instituto es aún mejor. En caso de que su persona de confianza no esté en el instituto pase al paso 7.
6. Comparta sus sentimientos con su persona de confianza que fue en su encuentro. Una fuerte recomendación es platicar bajo el cobijo de las sombras de los árboles que se encuentran atravesando el estacionamiento. Una vez calmado en contacto con la naturaleza empiece a notar a esos bellos seres como lagartijas, plantas o aves que comparten estos espacios (continua paso 9).
7. Marque o mande mensaje de voz a su persona elegida. La persona normalmente es alguien de mucha confianza que

entiende su frustración e impotencia. Hablar mientras se recarga en las raíces de uno árboles brinda un apapacho natural que ayuda a reducir estos sentimientos (continua paso 9).

8. Para los afortunados que pueden marcharse se recomienda escoger una playlist que brinde confort a su ser. Bajo el hechizo de la música emprenda su camino, sin importar no llevar rumbo.
9. La frustración, enfado, enfurecimiento, abrumación o impotencia no son sentimientos malos. Permita sentirlos y dejarlos ir, al final todo pasa.
10. Recuerde que no está solo, la mayoría de los habitantes del instituto hemos pasado por estas emociones.

Recomendación personal

Después de semejantes eventos es bueno hacer algo que le de paz o alegría: acariciar a sus mascotas, caminar, hacer ejercicio, pintar, ver una serie, ver una película, escribir, comer, cualquier cosa es válida el objetivo es sentirse mejor.

Mónica Izquierdo Suzán

El frío es cuando…

El frío es el momento en que llego a Bogotá, sobrevolando las heladas mañaneras en el altiplano. Es cuando noto que el cuerpo y el corazón se calientan con una ruana, un café, un abrazo de mi madre y de mis viejos amigos.

El frío es cuando disfrutas el abrigo de los que te quieren, del bosque de niebla y de las montañas. Es cuando vives en una casa con todas las puertas y ojos cerrados, cuando necesitas ir a un lugar mejor.

El frío es volver allí, cuando se espera la lluvia que no tarda, el aguacero que no falla.

El frío es cuando extrañas y recuerdas el trópico que llevas dentro.

Laura J. Giraldo Kalil

Regreso

La luz golpea el aire. Estamos donde los colores se abren
Bosques de gigantes abrazan los últimos rayos de la tarde
En las hojas que flotan se escuchan las canciones de la primavera que ya viene

Atiborramos como hormigas las entradas de la ciudad
Que da la espalda al valle y que nunca duerme
atesoramos las risas de hoy, los colores de mañana
Para cuando la luz nos falte.

Laura J. Giraldo Kalil

Texto creado a partir de "Migraciones" de Gloria Gervitz

Las lenguas en la ciencia

Una de las mayores deferencias que puedes hacerle a alguien es aprender a hablar su lengua. La ciencia, como quienes la hacen, es diversa y se comunica en muchas lenguas. Cada una con sus propios términos, su contexto, su idiosincrasia, y su riqueza.

Hoy, como ha sucedido en otras épocas, las investigaciones científicas se publican en una "lengua franca", que sirve como referencia para facilitar el acceso a la información. Así, por ejemplo, nos es posible leer una investigación hecha en China sin aprender chino mandarín. Pero esto solo ocurre si dominamos aquella lengua de referencia (que es hoy en día el inglés).

Quienes investigamos invertimos años aprendiendo lenguaje técnico y especializado en nuestra lengua materna, que luego debemos reaprender en otro idioma para comunicar nuestros hallazgos. Pero este esfuerzo, innecesario para quienes tienen por lengua materna la mencionada lengua franca, suele ser subestimado o pasar desapercibido en la literatura científica.

Usar una misma lengua para comunicar la ciencia puede ampliar el alcance de las investigaciones si el dominio o el aprendizaje de dicha lengua no son privilegios. Sin embargo, este no es el caso en nuestra multilingüe Latinoamérica, donde la comunicación exclusivamente monolingüe de la ciencia en una lengua que no habla la mayoría de la gente se ha convertido en una muralla que restringe el acceso al conocimiento, incluso al que se ha producido localmente.

Pero acaso, ¿Quién dijo que la ciencia no se debe escribir en varias lenguas a la vez? ¿Y si usamos el lenguaje para expandir las fronteras de la ciencia en lugar de reforzarlas? ¿Y si apostamos por la ciencia para elogiar nuestras lenguas?

Laura J. Giraldo Kalil

(Texto creado a partir de: "Dejar de crear puentes" en: "Ää Manifiestos sobre la diversidad lingüistica", de Yásnaya Elena Aguilar Gil.)

Instrucciones para entrar al Instituto de Ecología

Un instituto de ciencias que se respete debe estar hecho a semejanza de la realidad que pretende estudiar, y como nada en la vida es fácil, al IE no se puede entrar por la puerta. No a menos de que te hayas dado de alta en el día exacto en que había que hacerlo. De no ser así, el primer paso para entrar al IE es caminar hasta el lugar por el que los autos ingresan, tener cuidado de que ninguno te atropelle, y pasar la reja que separa al sagrado instituto del terrenal circuito exterior de CU.

Ahora, no se piense que con esto ya se ha entrado. Se sabe de personas que han atravesado el umbral por años sin jamás llegar a estar dentro.

Para entrar se necesita cumplir con una serie de otros requisitos que hay que ir adivinando. Algunos son más o menos sensatos, por ejemplo, debes tener algo que hacer ahí. ¿Con quién viene? Te preguntan a veces, o sea que también debe haber alguien que te esté esperando, curioso. Otros son más disparatados. Debes, por ejemplo, tener una tendencia a cargar con alimentos entre tus cosas, pues dentro de este centro de estudios sobre la vida hay poco sustento nutricional para la vida humana. También hay disposiciones de la personalidad que ayudan a entrar, por ejemplo, la capacidad de mantener el cuerpo quieto por varias horas y en estado de concentración. Parece ser, de hecho, que los cuerpos tienen bastante que ver con la facilidad de entrada. Las razones son elusivas, pero se ha dicho incluso que los cuerpos más claros entran mejor.

Este instructivo no pretende ser exhaustivo, porque como se ha dicho, las reglas de entrada jamás han sido escritas. Por eso, y como última recomendación, si usted acaso siente que ya ha entrado, sería provechoso que nos ayude a completarlo.

Pertenecer *(Respuesta al texto "Instrucciones para entrar al Instituto de Ecología")*

Haciéndose un pequeño espacio entre quienes ya estaban, se dedicó a observar paciente y respetuosamente. Aprendió normas tácitas sobre cómo ocupar su nuevo lugar en el mundo sin que se notara mucho que venía de lejos, de donde todo era diferente y salir como salió parecía el logro de una vida.

Se abrió al mundo, abrazó los nuevos sabores y la emoción de lo desconocido. Sintió por primera vez la libertad, tan grande como la nostalgia. Y desde allí admiró la vida, se preguntó por lo más complejo, por la forma de las hojas y el quehacer de los insectos. Viajó, escribió, escuchó, documentó, investigó. Y sigue sin entender las normas de aquel lugar en el que tanto tiempo permaneció y del que aún no sabe si fue parte.

¿Que cómo apareció el maíz?

Hace poco vieron al frijol silvestre enredado en la caña del teocintle
desde cuándo son compañeros, desde cuándo en el monte y las parcelas

las raíces en un abrazo con seres diminutos
trenzados reciben las gotas, el alimento solar y la mordida del chapulín
temporal tras temporal construyen el techo del tejón
y caminos de hongos y animales subterráneos

comparten la caricia de una mano, el golpe del machete y la caca del buey
caen en un enredijo amarillo para fundirse en humus
y vuelven a ser semillas, quiescentes en un jarrón oscuro
ceden al fuego del comal y se mezclan en un caldo
se convierten en cachete de una nena

¿Cómo apareció entonces?
sospecho que no fue solo
aparece y reaparece, quizá
en un taco de tierrita, frijol, hongos, caca de buey, tejón, chapulín, mano y comal

Mariana Benítez

Instrucciones para avistar tlacuaches en el estacionamiento

Mariana Benítez

Ante todo, debe identificar esa hora del día. La pequeña ventana temporal en que el ojo no alcanza, pero las lámparas aún no iluminan.

Cuando llegue la hora, deje todo. Suelte la pluma o la pipeta, teclee Ctrl+S. Y sigilo, mucho sigilo.

> (Recuerde que el tlacuache es mañoso y elusivo, que engañó a los dioses para traer el fuego y el maíz.)

Le gusta correr del camellón a este estacionamiento y de regreso. Evite sorprenderlo mientras cruza la calle: podría hacerse el muerto ahí mismo y terminar muerto de verdad.

Espere inmóvil a que emerja y cruce la calle y, cuando lo vea venir, búsquele los ojillos de capulín. Si sus miradas se entrelazan puede preguntarle lo que quiera.

> (Recuerde que el tlacuache es generoso y justo, que engañó a los dioses para traer el fuego y el maíz.)

En respuesta al texto "Instrucciones para avistar tlacuaches"

Creo fervientemente, tal como mencionan las instrucciones para avistar tlacuaches, que el tlacuache es generoso y justo. Y que, si soy lo suficientemente cauta, paciente y sigo las instrucciones correctamente, lograré entrelazar mi mirada con uno de ellos y entonces podré, al fin, dar rienda suelta a las infinitas preguntas que me abordan de golpe en cuanto apagamos la luz y nos disponemos a dormir. "¿Está Henri bien?", le preguntaría al pequeño Tlacuache. "¿Me extraña tanto como yo a él?" "¿Es cierto lo que dice Raúl, que él sabe que estoy triste y viene a vigilar mi sueño por las noches?" "Dime, bello y precioso Tlacuache, si tú puedes verlo. Pregúntale si le gustó la ofrenda que pusimos el 27 de octubre con toda su comida favorita. Si fue él quien esa madrugada hizo caer la ilustración de conejos que teníamos sobre la pared, llenándome de esperanza al pensar que estuvo aquí, que vino, que sabe cuánto le amamos. Henri es huraño, mañosito y pedante, pero estoy segura de que le caerás bien, porque como tú, también es valiente, noble, inteligente y portador de fuego y rebeldía, con las que iluminó nuestras vidas el tiempo que compartió con nosotros. Ese fueguito aún reconforta nuestros corazones, su lucecita persiste en el centro de nuestros seres, nos acompaña en el camino y nos recuerda que el amor siempre permanece.

Instrucciones para visibilizar el *green washing* (y homenaje a Banksy)

Busca un edificio, un símbolo, algún objeto que haya brotado como hongo de la noche a la mañana, sin preguntarle a nadie. Que anuncie un nuevo mundo, más civilizado, sustentable y *cool*. Mientras más costoso, mejor. Mientras más de un país del Norte, mejor.

Elige un stencil, propio o copiado de alguien más. Recuerda siempre que:

Aplica el stencil, preferentemente bajo la protección del anonimato pues el green washing no gusta de ser evidenciado. (Sugerencia: toma una de las ratitas de Banksy y píntala con un verde bien brillante sobre el objeto o superficie seleccionada).

Si temes por las cámaras, la vigilancia puma o la desproporcionada furia que enfrentan las criminales menores, toma una foto e intervenla sin pudor desde su teléfono celular. Alternativamente, juega con la idea mediante un ejercicio de escritura.

Entre laureles

Nudos de plantas enmarañan sus ramas y sus enormes cuerpos de madera. Los simios se pasean sobre estos recovecos después de devorar las carnes de sus frutos. Al banquete se unen aves, ardillas, ratones y hasta las más minúsculas alimañas, tirando a su paso miles de semillas. Estudio a estos gigantes desde el suelo, tomo muestras de sus hojas usando una larga vara metálica coronada por una cuchilla, incluso me ayudo de una escalera. Otras veces uso boomerangs improvisados, o me resigno a husmear entre lo que cae a la tierra.

He dedicado los últimos años de mi vida a investigar las condiciones en que viven varias especies vegetales de la familia Lauraceae, grupo misterioso que lleva mi nombre a modo de predestinación. He sorteado la lluvia, las alturas, el sol, y el calor, siguiendo la pista de sus travesías a través de continentes. Después de incontables viajes hallé junto al mar una isla en tierra, el corazón de un volcán. Allí, en medio de un pedregal, se establecieron entre las sombras caprichosas de la selva.

A falta de gallos, despertaba con los gritos guturales de los aulladores, los chasquidos de los tucanes, y el escándalo de las oropéndolas. Protegía mis brazos con una camisa larga, y mis piernas con botas anticulebras, ataba un pañuelo en mi cabeza para domar la melena. Armada de formatos, etiquetas, prensas, periódicos, lápices, marcadores, reglas, sándwiches, dulces y mucha agua, emprendía la jornada. Salía al ansiado encuentro botánico como si fuera un ritual, que iniciaba antes del calor de la mañana y terminaba entre zancudos. Volvía en las noches a meditar lo aprendido y organizar las muestras del día luego de un té canela. Tomaba una ducha para quitar los

pinolillos que infestaban mi piel, y dormía arrullada por la lluvia.

Además de ser merienda de algunos roedores, descubrí que las semillas son en sí mismas un universo de vida y muerte del tamaño de una aceituna. ¡Una vida, la de embrión vegetal, por muchas otras vidas! Decenas de insectos crecen al interior consumiendo todos los tejidos que alimentarían a la planta por nacer. Otros, en cambio, matan a los anteriores para alimentar a sus propios hijos. Estas pequeñas cajas de Pandora están llenas de escarabajos, polillas, avispas, moscas y hormigas. Seguramente se ven obligados a emprender viajes inciertos en busca de un hogar en los años en que las semillas escasean. ¿Qué será de ellos cuando falte el bosque?

Las plántulas que logran emerger pasan penurias para sobrevivir a la oscuridad, una penumbra que generan sus madres al extender sus ramas para alcanzar los rayos de sol en las alturas del bosque. En compensación, cargan como mochilas los vestigios de las semillas que les dieron vida; allí almacenan reservas de alimento materno, la única ayuda que la nueva generación recibe para sobrevivir al ataque de hongos y herbívoros. He confirmado que, entre más pesado su itacate, mejor.

Soy testigo de cómo todas las especies de laureles sufren estos y muchos otros males. Las poblaciones se envejecen, y son pocas las plantas jóvenes que se hacen adultas de entre millones. ¿Por qué sus hijos mueren tanto? Largos meses les observé, registrando el paso del tiempo en kilos de fotos y datos. Les hice crecer en nuevas topografías, probar otros suelos, pero la oscuridad es implacable.

Entender a los adultos ha sido más difícil. Son esquivos, pero viven en grupos, así que encontrar a uno usualmente asegura encontrar más. Lograrlo requirió la ayuda de todo un ejército

de biólogos entusiastas, un sabio naturalista y varios campesinos de las lagunas, que conocen la selva como la palma de su mano y saben desde niños todos sus enigmas. Después de su paso por un improvisado estudio fotográfico, guardé los cientos de hojas colectadas entre periódicos, como quien construye un libro de secretos vegetales. Algunas tienen la suerte de reposar en herbarios, dónde otros curiosos podrán ver durante siglos una muestra de su existencia. Otras, reducidas a polvo, terminaron entre vasos de cristal, tubos humeantes, ácidos corrosivos, y reacciones azules y amarillas, rebelándome las huellas que los nutrientes del suelo dejaron en ellas.

Análisis químicos y modelos matemáticos me han servido para reconocer que, a pesar de parecerse, los árboles de estas especies se enfrentan a los mismos retos de diferente forma, y por ello, no deben ser asumidas cómo iguales. No administran igual sus recursos, ni toleran la misma variación ambiental. ¿Cómo influirá esto en su futuro? ¿Tendrán las mismas oportunidades de prevalecer cuando su entorno cambie? Eso aún está por verse.

Entre tanto, con más preguntas que respuestas, he escrito sobre ellas, he hablado con mis colegas sobre su complejidad. He guardado con cuidado las muestras que generosamente me ofrecieron en colecciones, refrigeradores y estantes de mi laboratorio. Ahora comparto un poco de sus secretos con el mundo, las dibujo, las admiro. Ellas, cómo lo han hecho siempre, comparten sus bondades con quienes habitan los bosques, dándoles refugio, leña y la belleza de la selva.

Lauraceae Giraldo Kalil

Acerca de mi trabajo

Hay algo de coleccionista en el bibliotecario. En ese mood, a la colección hay que buscarle huecos y tratar de llenarlos, rastrear títulos nuevos, sumar ediciones sugerentes o completar las obras a las que les falte algún volumen.

También tiene algo de administrador de un pequeño negocio: se preocupa porque el changarro esté limpio, porque funcionen las computadoras, que haya luz suficiente, que todo quede bien cerrado o se reparen las cosas que dejaron de funcionar. Por supuesto, una tarea importantísima en esta misión es cuidar los libros, arreglarlos si algo les pasa, quitarles la camisa, doblarla y guardarla muy bien. Guardar y guardar, guardar y saber dónde quedó todo guardado.

Los bibliotecarios dicen ser muy organizados, o al menos es una de las cosas que se espera de ellos. También se espera que lo tengan todo, que lo conozcan todo, que guarden las referencias en la cabeza por mucho tiempo, como si el cerebro bibliotecario viniera de fábrica con el catálogo incrustado y entonces bastara con pronunciar la palabra clave para que la máquina trabajara y arrojara los resultados.

Lo que yo espero de ellos es que me den lo que quiero y luego me dejen en paz. Eso sí, que me lo den con gusto, sonriendo, con muchas ganas de dármelo. A los bibliotecarios nos encanta tener lo que nos piden. Se siente bien. Pero cuando no, cuando no tienes lo que te piden, se siente una deuda profunda, una extraña sensación de vergüenza; para quitársela lo mejor es conectarse rápido con la siguiente tarea.

Y claro, también hay en nosotros algo de dealer enganchado con las demandas del público conocedor.

Jimena Rey

Esta es una pequeña planta del desierto con un cuerpo de piña pegado al piso. De él salen disparadas, hacia todas direcciones, largas hojas lineales, verdes, con ligeros tonos amarillos, rígidas y angostas, en forma de afilados sables rematados con una agudísima punta café.

El espacio interior de ese universo está ocupado por delgados filamentos enroscados en espirales y curvas caprichosas. Son fibras de los extremos de las hojas que se desprenden de la punta hacia el centro. Esas juguetonas serpentinas grises y marrones son los vestigios de una alocada y milenaria fiesta que nunca termina.

Jimena Rey

Fiesta nocturna

Al atardecer las tiras de colores rojas, naranjas, amarillas y moradas coquetean con el manto estrellado de la noche. Los minutos avanzan y el manto estrellado cubre con su abrazo las tiras de colores. La pauta esperada por pequeñitos cuerpos de seis patas cubiertos de lentejuelas que salen a bailar.

Bailan en alfombras de parches de colores, formas y texturas. Buscan cocteles rojos y tibios. Beben y beben sin parar, una vez satisfechos la fiesta puede continuar. Las formas y texturas de los parches limitan las pistas de baile y las bebidas que los seres con lentejuelas pueden disfrutar.

Estos seres nunca están solos, entes microscópicos los escoltan a donde quiera que van. Complicados seres microscópicos que de por vida los acompañarán.

A este evento se presentan místicos individuos alados con sonares que nadie parece escuchar. Sin respetar los límites establecidos por los parches irrumpen las pistas de baile para cazar.

Los seres con lentejuelas y sus acompañantes microscópicos se convierten en el plato principal. El baile para, ya nadie baila más. En la alfombra todo queda en silencio y oscuridad.

Los primeros jugueteos de listones amarillos con el manto de la noche marcan el final, los individuos alados se empiezan a marchar. Una vez satisfechos es hora de descansar, pues en la fiesta de la noche siguiente volverán a atacar.

Mónica Izquierdo Suzán

¿Soy la que siempre fui?

Soy la que siempre fui.

Y aun así hay veces que no me reconozco.

Volteo atrás y veo a la niña llena de sueños

A la adolescente hiperactiva y confundida

Aquella joven terca que iba por la aventura y no por lo seguro

Pero hoy me doy cuenta de la evolución

Soy la que siempre fui, pero también soy la que nunca fui

Encontrando confort en usar la misma tasa de café.

Pero buscando romper la rutina constantemente

Porque al mismo tiempo soy la que siempre y nunca fui

Las lecturas me mueven, los cuestionamientos me motivan.

Pongo en duda lo que es normal y lo que se esperaba de mí

Y entonces me di cuenta que cambié

Lo que ayer aceptaba hoy no estoy dispuesta a tolerar

Y así dejé de ser la que siempre fui

Para convertirme en la que nunca fui

Mónica Izquierdo Suzán

Instrucciones para amarrar tu bicla en el estacionamiento de biclas del IE

1. Entra por la puerta de tu elección… bueno, sí y solo sí tu cara está registrada en la puerta peatonal. Si no, asegúrate de saludar al man en la caseta e ingresa al IE.
2. Confúndete con el estacionamiento viejo de biclas que transformaron en el estacionamiento de motos y que ahora es un lugar para los botes de basura.
3. Realiza un corto análisis de clase sobre por qué quitar un lugar para ciclistas para dárselos a vehículos motorizados.
4. Una vez en el estacionamiento correcto, revisa si están las biclas de tus amigos y adquiere el estado emocional correspondiente.
5. Enojate un poco de que llevan más de un año sin colocar un techo en el estacionamiento de biclas porque les importa poco si tu vehículo se moja, se oxida o se agrieta
6. Coloca tu bici en el lugar menos estorboso que tenga el mayor tiempo de sombra posible
7. Ríete un poco de lo absurdo que resulta que el estacionamiento no sirvió para las dos motos que llegan al instituto, de que quitaron un techo que ya existía y que ahora el espacio es ocupado por botes de basura que al menos ya tienen tapa para que no se metan los tlacuaches a morirse
8. Coloca el candado de tal forma que asegures el cuadro de tu bicla, si es posible agarrara también una llanta pues mucho mejor
9. Verifica no dejar nada sobre la bicla pa que no te roben las luces o algo
10. Entristecete un poco de que el Instituto de Ecología tome decisiones totalmente anti ecológicas
11. ¡Listo! Tu bicla está lista para esperarte 8 hrs en las que finges que trabajas

Instrucciones para crecer

El primer paso es encontrar un sitio con una vista privilegiada, y lo más importante: donde los rayos del Sol te abracen a diario.

Segundo paso: si el sitio que elegiste tiene la luz que necesitas, ahora debes conseguir un recipiente. El tamaño es importante, debe ser capaz de contener toda una vida.

El siguiente paso consiste en colocar tierra en el recipiente, pero cuidado, procura que sea la mezcla precisa de tierra, roca volcánica, ganas y agua. El agua es importante para crecer, y las ganas también.

NOTA: Se recomienda tener cerca un pelotón de lombrices, siempre son útiles para la acción.

Cuarto paso: ya que tienes el sitio, el recipiente y la tierra donde crecer, necesitas salir de tu refugio. Alguien te tenderá una mano para eso, no te preocupes.

Quinto paso: hacer un agujero en la tierra. Esta tarea también la hará alguien más por ti, posiblemente enterrando un dedo, casi siempre el índice. Los verás dudar. ¿Es muy profundo? ¿Es poco profundo? Las dudas siempre vienen cuando hay que crecer.

Sexto paso: el salto a la oscuridad. Parece el más aterrador, como cuando alguien salta al océano profundo. Por el contrario, este es el verdadero inicio. Ahora ya estás en tu nuevo hogar.

Siguiente paso, déjate cubrir, suspira. Verás la luz de nuevo muy pronto.

Octavo paso: sin que al principio lo notes, verás como la tierra y las nubes te comienzan a llamar. Primero aparecerán

las raíces, ellas te ayudarán a sostenerte cuando el viento sople fuerte, luego de a poco, brotarán un par de hojas. Con ellas conocerás el sabor del Sol.

Noveno, aliméntate. Para crecer debes alimentarte bien. Toma lo que te ofrecen la tierra y el Sol. Día tras día aliméntate y bebe.

Paso 10, repite el paso anterior todas las veces que sea necesario.

Once. Este paso puede ser confuso, pero un día te darás cuenta de que creciste mientras resistías el viento, mientras saboreabas el sol. Quizás uno que otro insecto te visite, no temas. Están ahí para verte crecer.

Siguiente paso: seguir creciendo hasta que, quizás, tú también tengas a alguien más para ver crecer.